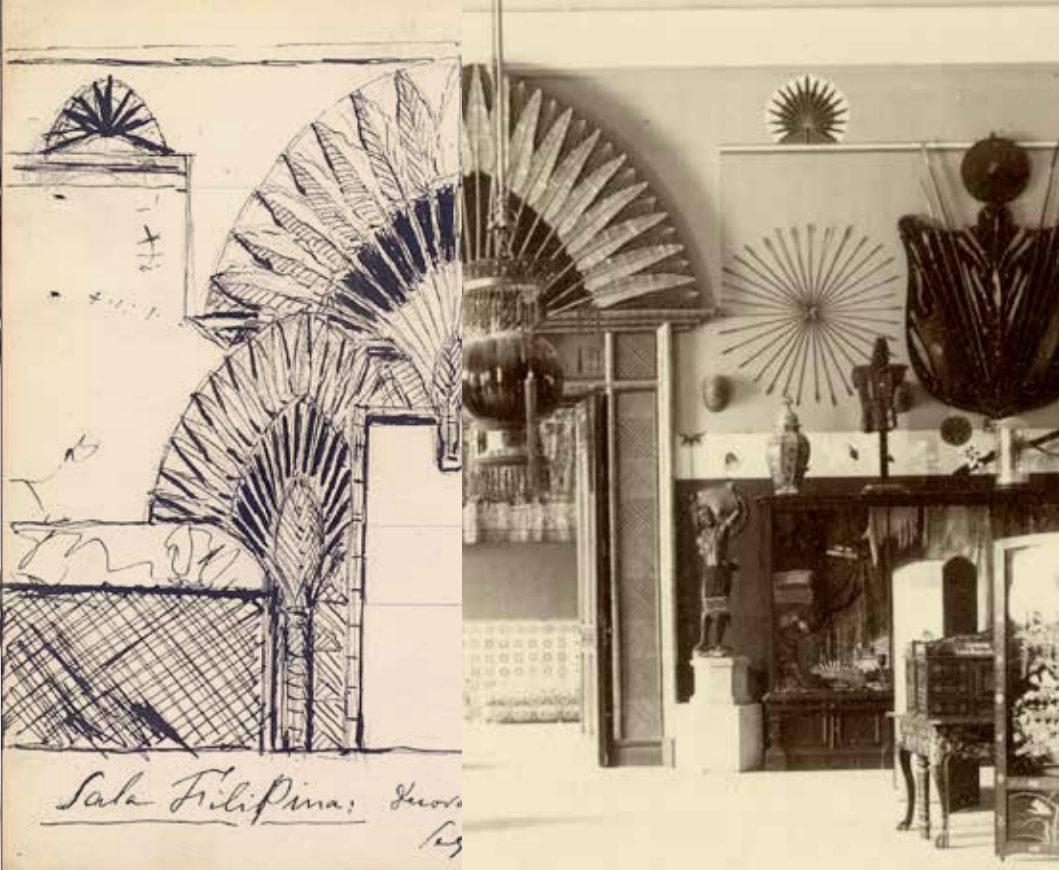
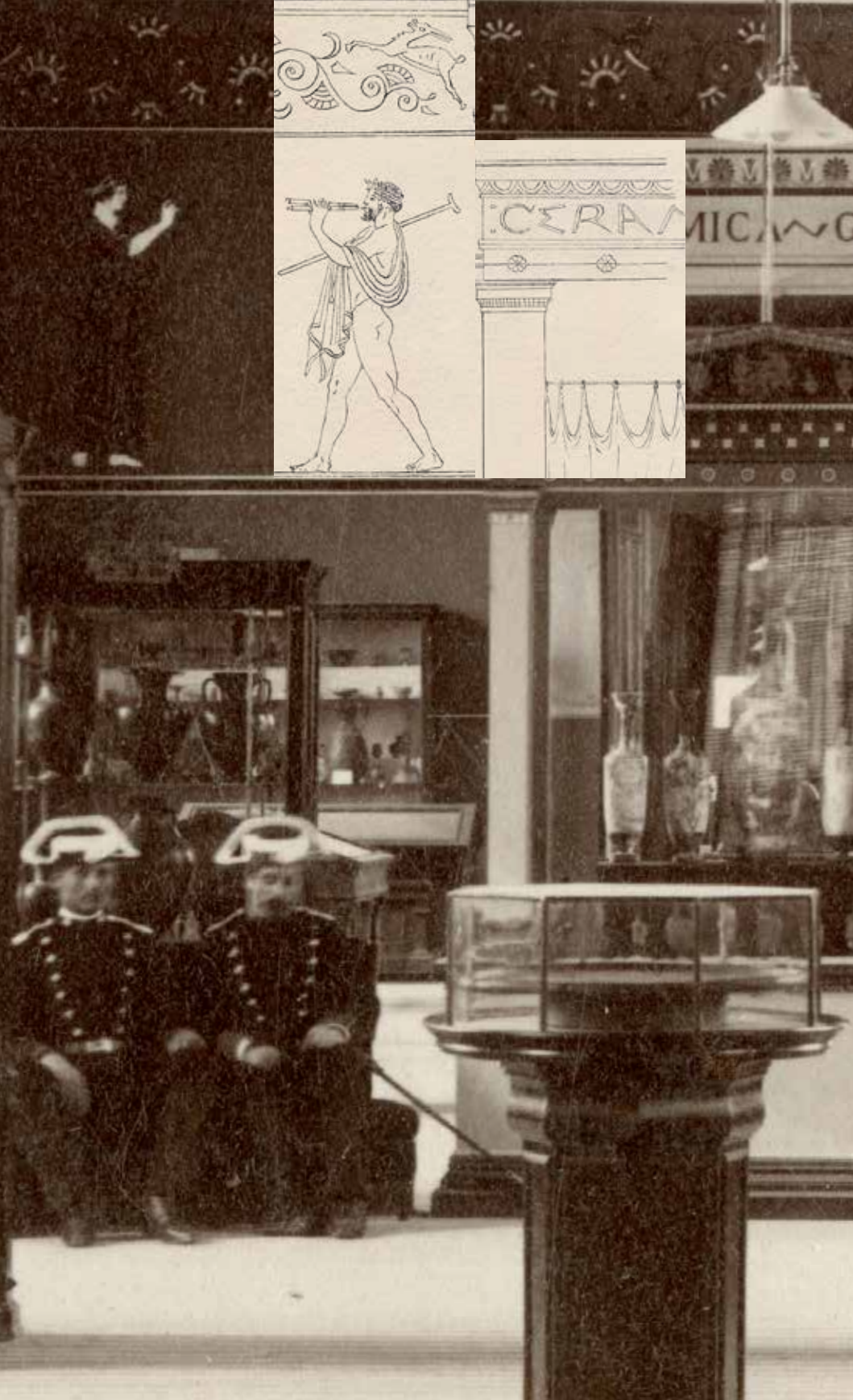


LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-NATURAL Y ETNOGRÁFICA DE 1893



LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-NATURAL Y ETNOGRÁFICA DE 1893

Edición científica a cargo de **Javier Rodrigo del Blanco**

Catálogo de publicaciones del Ministerio: www.mecd.gob.es
Catálogo general de publicaciones oficiales: publicacionesoficiales.boe.es

Edición 2017

Diseño y maquetación: Ángel Merlo (www.dossintres.com)



MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

Edita:

© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

Subdirección General de Documentación y Publicaciones

© De los textos y de las imágenes: sus autores y/o titulares de derechos.

NIPO: 030-17-027-6

ISBN (IBD): 978-84-8181-682-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

- 9** Agradecimientos
- 11** Introducción
- 15** Fotografías de la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica
- 53** La organización de la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica
- 75** Contexto histórico: visión desde Europa
- 93** La Exposición Histórico-Americana como precedente de la participación hispanoamericana en la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica
- 105** Contexto disciplinar: historia natural y etnografía a finales del siglo XIX
- 125** El Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales: contexto urbanístico y arquitectónico
- 145** La Exposición Histórico-Natural y Etnográfica de 1893 y su contexto museográfico
- 169** Evolución de la prensa en la segunda mitad del siglo XIX
- 187** La fotografía en el siglo XIX
- 199** Breves notas acerca de las fotografías de la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica conservadas en la Biblioteca Nacional y en el Museo Arqueológico Nacional
- 207** Las exposiciones conmemorativas del IV Centenario del Descubrimiento: los archivos y el «renacimiento» del americanismo
- 225** La Biblioteca Nacional y la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica
- 243** Geología y minería en la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica de 1893: objetos conservados en el Instituto Geológico y Minero de España (Madrid)
- 255** Colecciones del Museo de América en la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica
- 271** El Museo Nacional de Artes Decorativas y la colección oriental del Museo Arqueológico Nacional
- 279** El Museo Nacional de Antropología: de los orígenes a una perspectiva intercultural
- 295** La participación de piezas del Tesoro del Delfín del Museo del Prado en la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica
- 309** La Conquista de Túnez. El valor histórico de los tapices de Patrimonio Nacional y su proyección expositiva
- 325** La participación del Museo Arqueológico Nacional en la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica de 1893

Contexto disciplinar: historia natural y etnografía a finales del siglo XIX

Javier Rodrigo del Blanco (javier.rodrigo@mecd.es)

Museo Arqueológico Nacional

Uno de los aspectos más significativos a la hora de tratar de explicar la «Exposición Histórico-Natural y Etnográfica» (EHNE) de 1893 es precisamente el de comprender qué significado tenían estos dos conceptos (historia natural y etnografía) en el momento de preparación y puesta a disposición del público de un conjunto de objetos que respondían, en principio, a estos criterios de selección.

El conocimiento humano ha experimentado avances y retrocesos a lo largo de la historia, pues la adquisición de este conocimiento no ha sido un proceso lineal ni continuo, al igual que ocurre con la gran mayoría de aspectos relacionados con el ser humano. Sin embargo, sí ha ido enriqueciéndose con el paso del tiempo y ello ha motivado que se adoptaran diversos planteamientos para tratar de abarcarlo. Surgen así las distintas disciplinas científicas, que no son sino convencionalismos que creamos para acotar una parte de la realidad y poder así profundizar en su conocimiento.

Al igual que la masa terrestre de nuestro planeta se agrupaba en un macrocontinente, denominado Pangea, que se fue separando por los movimientos de la corteza terrestre hasta dar como resultado los continentes que conocemos

actualmente, podemos afirmar que la historia natural es como el Pangea de las ciencias, es decir, es aquella de la que surgen el resto de disciplinas científicas. Y no deja de tener toda su lógica, pues su objeto de estudio son los seres vivos y el medio que les rodea, esto es, el contexto en que se desenvuelven los seres humanos en su vida diaria. No es extraño, pues, que sea lo primero que llamó la atención de nuestros antepasados y que sintieran un impulso por conocerlo, ya que en ello les iba su propia supervivencia.

Es fácil comprender el concepto de historia natural en la Antigüedad si acudimos a la única obra que nos ha llegado de Plinio el Viejo (23-79), su *Naturalis historia*, obra en 37 libros que contiene aspectos relacionados con la cosmología, la geografía, la fisiología animal y la vegetal, la medicina, la mineralogía, etc. No obstante, esta obra también recoge contenidos sobre historia del arte, lo que indica que el concepto de historia natural no abarcaba únicamente la realidad física, sino también la realidad cultural del momento.

Los descubrimientos geográficos realizados desde fines de la Edad Media, especialmente el de América, obligaron a los europeos a enfrentarse con nuevas realidades, para las que los

textos sagrados no tenían ninguna explicación y que provocaron serias disputas, como la denominada «controversia de Valladolid», entre fray Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda en 1550-1551, para determinar si los indígenas americanos tenían alma y debían ser considerados como personas, con sus derechos y obligaciones, o como seres sin alma y, por tanto, inferiores a los españoles. Con carácter más práctico, Felipe II creó la Academia Real Matemática en Madrid (1582), tratando con ella de dar respuesta a las necesidades que en distintos aspectos (navegación, cosmografía, cartografía o construcción) presentaba esta nueva realidad.

El humanismo renacentista, el racionalismo y el empirismo fueron movimientos que trataron de buscar nuevas explicaciones y respuestas, distintas de las defendidas por las autoridades eclesiásticas. Las obras de Francis Bacon (*Novum organum*, 1620), Galileo Galilei (*Dialogo sopra i due massimi sistema del mondo, tolemaico e copernicano*, 1632), Isaac Newton (*Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*, 1687) y de otros grandes filósofos y científicos serán la base sobre la que se asiente esta nueva ciencia, debiendo para ello superar no pocos obstáculos. Famosos entonces fueron los procesos contra Giordano Bruno (1616) y Galileo (1633) por su defensa del heliocentrismo, modelo astronómico ya propuesto por Aristarco de Samos en el siglo III a. C. y por Nicolás Copérnico en su obra póstuma *De Revolutionibus Orbium Coelestium* (1543). Sin embargo, se había iniciado el tiempo de la investigación y pronto empezarán a surgir las primeras instituciones científicas estables, como la Royal Society de Londres (1660) y la Academie Royale des Sciences

de París (1666), en las que se difunden y se discuten los nuevos descubrimientos y teorías y en las que participan los máximos especialistas de cada país.

La Ilustración supone un paso más en este camino y quizá su obra más emblemática, *L'Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* de Denis Diderot y Jean le Rond d'Alembert (1751-1765), sirva como ejemplo de los profundos cambios en el saber humano, más si la comparamos con el concepto que refleja la ya citada *Naturalis historia* de Plinio el Viejo. El progreso científico va a continuar durante el siglo XIX, favorecido por la revolución industrial y los avances tecnológicos, aunque también es cierto que dificultado por la situación política, social y económica de un mundo en plena transformación, que abandona las estructuras del Antiguo Régimen para ir implantando las que nos harán llegar hasta los sistemas democráticos actuales¹. En España, las trabas puestas a la revolución científica por la Contrarreforma tratarán de ser superadas desde la llegada de los Borbones por dos vías: la concesión de becas para formación en el extranjero y la contratación de técnicos y científicos de otros países.

Si nos centramos en la historia natural, tres van a ser las disciplinas científicas principales, una para cada uno de los entonces tres reinos de la naturaleza: geología (reino mineral), zoología (reino animal) y botánica (reino vegetal). Y en las tres se van a producir avances espectaculares con respecto a siglos anteriores. En geología, James Hutton (1726-1797) introdujo la idea de tiempo geológico o tiempo profundo, con sus eras y escalas, oponiéndose a los cálculos de James

¹ Son muchos los autores y las publicaciones que abordan la historia de la ciencia de una manera más amplia y más completa. A título informativo, y centrándonos en el caso español, pueden consultarse las obras de Juan Vernet, José Luis Peset, José María López Piñero, José Manuel Sánchez Ron o Miguel Ángel Puig-Samper.

Usher, arzobispo de Armagh en el siglo xvii, que fijó la creación de nuestro planeta en el año 4004 a. C. basándose en la Biblia. También se opuso a la idea de la creación de las rocas por disolución (neptunismo), defendiendo su origen por la acción del calor (plutonismo). Otro gran avance fue su interpretación del origen de los relieves geográficos como límites entre ciclos de construcción y destrucción, lo que nos lleva a la idea de una sucesión de periodos de tipo cíclico y que se prolongan indefinidamente en el tiempo. Hutton recogió estas ideas en *Theory of the Earth with Illustrations* (1795), obra inacabada en dos volúmenes, ya que el tercero estaba parcialmente terminado cuando llegó su muerte. En ella asume que los fenómenos geológicos pueden ser explicados en términos de procesos observables, y que esos procesos actúan constantemente en la superficie y en el interior de la Tierra, operando con uniformidad a lo largo de inmensos periodos de tiempo. Con ello, marcó el inicio de la geología moderna, basada en el principio del actualismo.

Charles Lyell (*Principles of Geology*, 1830-1833), recogió las ideas de Hutton y defendió, en su teoría de la uniformidad, que los procesos geológicos que se habían dado en el pasado podían ser estudiados a través de los actuales, con lo que se ponía en cuestión la idea de la Tierra como creación divina acabada e inmutable. A partir de las obras de Hutton y Lyell surgió la estratigrafía geológica, basada en la superposición de estratos o capas, siendo las inferiores las más antiguas y las superiores las más recientes. Y los principios de la estratigrafía geológica eran perfectamente aplicables para la datación



Corte estratigráfico del Cerro de San Isidro, Madrid.
Foto: Verónica Schulmeister Guillén.
Museo Arqueológico Nacional (1876/23/1).

arqueológica, pues todos los objetos contenidos en un mismo estrato son coetáneos entre sí y anteriores o posteriores a los de los estratos superiores o inferiores².

En cuanto al estudio de los seres vivos, tres figuras sobresalen por encima del resto: Georges Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788), Carl af Linne, más conocido como Linneo (1707-1778), y Georges Léopold Chrétien, barón de Cuvier (1769-1832). Buffon dirigió y participó en la redacción de una *Histoire naturelle* en 44 volúmenes (1749-1788), en la que defiende la continuidad completa entre todos los seres vivos y todos los procesos, aunque rechazando el aspecto evolucionista. Linneo, por su parte, estableció las bases para la clasificación más aceptada de los seres vivos, introduciendo la nomenclatura binómica y el concepto de especie. Y Cuvier fue el gran promotor de la anatomía comparada y está considerado como el padre de la paleontología.

La evolución de la historia natural desde entonces está ligada a su institucionalización, como ocurre con el resto de disciplinas. Estas instituciones, que veíamos que empezaban a crearse desde la segunda mitad del siglo xvii, van a incrementar su número y a promover debates dentro de las mismas y entre ellas, creando distintas escuelas y corrientes de pensamiento. Aparecen también durante la Ilustración los primeros gabinetes dedicados al estudio científico de ejemplares de la naturaleza. Estos centros eran herederos de la reunión de trofeos y objetos simbólicos de época medieval, en las que los objetos se atesoraban más que se coleccionaban (Morán, Checa, 1985: 17), y de los «gabinetes de curiosidades» y «cámaras de maravillas»

renacentistas y manieristas, que servían más para destacar la posición política, social o económica de su propietario que para estudiar su contenido, si bien sí existen ejemplos desde el siglo xvi de colecciones formadas por eruditos para su estudio científico (Morán, Checa, 1985: 139 y ss.). Los gabinetes ilustrados de historia natural abandonan el concepto de acopio de objetos exóticos y raros en favor de la adquisición, siguiendo criterios más científicos y sistemáticos, de un conjunto de ejemplares, que serán luego ordenados, analizados y estudiados por especialistas. Y en esta labor no van a participar únicamente los poderes públicos, sino que habrá importantes colecciones reunidas y estudiadas por particulares.

López Piñeiro (1988) hace una magnífica síntesis del estado de la cuestión en la España de Carlos III, por lo que le utilizaremos como guía para ver qué ocurre con el estudio de los seres vivos en estos años³.

Los dos pilares básicos para el estudio de la historia natural fueron los jardines botánicos y las expediciones científicas. Los jardines botánicos existían desde el siglo xvi, pero el concepto que hay detrás de ellos es anterior: al-Maqqari recoge el cultivo de plantas exóticas en el palacio de al-Rusafa, construido a unos tres kilómetros al noroeste de Córdoba a comienzos del emirato de Abd al-Rahmán I (756-788). La importación de nuevas especies y la aplicación de una tecnología agrícola mejorada (fertilizantes, injertos e irrigación) diversificó la producción e incrementó la cantidad y calidad de los productos obtenidos, convirtiendo la agricultura en un elemento de desarrollo económico.

2 Agradezco a Javier Lario, catedrático de Geodinámica Externa de la UNED, la revisión de esta parte dedicada a la geología y la información aportada a la misma.

3 Para la geología, ver el artículo de Isabel Rábano en esta misma publicación.



Jardín Abadie en Valparaíso, Chile. Foto: Miguel Ángel Otero, del original de la Comisión Científica del Pacífico, 1862-1865. Museo Nacional de Antropología.

Este concepto andalusí, junto con el del cultivo de plantas medicinales, es el que se retoma a partir del siglo XVI para configurar los primeros jardines botánicos. Así, el Jardín Real des Plantes Médicinales fue creado en 1635 y abierto al público en 1640 para la enseñanza gratuita y en francés, no en latín, de botánica, química y anatomía (Web MNHN, 2017). Buffon será intendente de este Jardín desde 1739 hasta su muerte en 1788. En España, hubo algunos que respondían a la iniciativa privada, como el que creó Jaime Salvador Pedrol (1649-1740) a fines del siglo XVII en Sant Joan Despí (Barcelona), siguiendo la clasificación de Tournefort, la más seguida hasta la propuesta por Linneo. Hubo que esperar a la Real Orden de 17 de octubre de 1755 para que Fernando VI creara el Real Jardín Botánico, situado primero en la Huerta de Migas Calientes, un real sitio cedido por el monarca a orillas del río Manzanares, cerca de lo que hoy

se conoce como Puerta de Hierro, y trasladado en 1781 a su ubicación actual, conocida entonces como el prado viejo de San Jerónimo y hoy como paseo del Prado (Web RJB, 2017). Su primer director fue José Quer (1695-1764), que siguió la clasificación de Tournefort. El sistema linneano fue implantado por Casimiro Gómez Ortega, que ocupará la dirección del Jardín entre 1772 y 1801. La principal aportación del Real Jardín Botánico fue promover y centralizar las grandes expediciones botánicas españolas, que normalmente estaban encabezadas por naturalistas formados en su escuela.

Si la botánica tuvo su epicentro en el Real Jardín Botánico, la zoología lo tendrá en el Real Gabinete de Historia Natural, creado también por Fernando VI en 1752 a propuesta de Antonio de Ulloa. Sin embargo, el funcionamiento efectivo de esta institución tendrá que esperar hasta el reinado de Carlos III, quien, mediante Real Orden de 17 de octubre de 1771, integraba lo que quedaba del fundado por Fernando VI con la colección reunida por Pedro Franco Dávila, formada por ejemplares de los tres reinos de la naturaleza, una biblioteca con libros y estampas y un conjunto de obras de arte (Calatayud, 1988: 15). En él se monta el primer esqueleto de un mamífero fósil reconstruido en Europa, labor que llevó a cabo Juan Bautista Bru con un megaterio procedente del Río de la Plata en 1789.

Muy importante también fue la figura de Félix de Azara, quien, enviado a Río de la Plata y Paraguay entre 1781 y 1801 para realizar trabajos cartográficos, compaginó esta labor con estudios y descripciones de aves y mamíferos de la zona, basándose la zoología actual en sus observaciones para admitir más de doscientas especies. Además, no se limitó a hacer meras descripciones, sino que formuló cuestiones

biológicas fundamentales, como la distribución geográfica, las variaciones entre libertad y domesticidad, las relaciones entre presa y depredador, el origen de especies peculiares de América o el proceso de selección artificial. Darwin citará con frecuencia sus obras, reconociendo así la deuda que tenía con este gran naturalista aragonés.

Las expediciones científicas van a ser fuente inagotable de novedades para estas dos instituciones. Estas expediciones no son una creación de época ilustrada, pues ya Felipe II envió a Francisco Hernández para realizar una. Sin embargo, sí es nuevo el triple objetivo que van a tener ahora: educativo, diplomático y científico. Se trata con ellas de alcanzar un nuevo orden mundial, basado en la paz, en el aprendizaje y en la intelección racional del mundo, descartando concepciones eclesiásticas o míticas (Peset, 1988).

El XIX será un siglo de consolidación de todas estas disciplinas, alcanzando nuevos logros a partir de las bases que se habían consolidado con anterioridad. Así, por ejemplo, la obra de Charles Darwin (*The Origin of the Species*, 1859) no podría haberse concebido sin esos avances previos. De hecho, Darwin no fue pionero en propugnar teorías evolucionistas, pero sí el primero en poder argumentarlas científicamente, afirmando que la selección natural era el motor para esa evolución adaptativa a distintos entornos medioambientales.

Sin embargo, esta centuria no fue tan brillante como la precedente en España por la falta de estabilidad derivada de una situación social, política y económica muy delicada. No podemos olvidar que comenzamos el siglo con la invasión francesa y la pérdida de la mayoría de nuestras colonias americanas; seguimos con la disputa entre carlistas e isabelinos,

que a su vez estaban divididos entre moderados y progresistas; asistimos a la caída de los Borbones, el breve reinado de Amadeo I de Saboya y nuestra primera experiencia republicana; para finalizarlo con la Restauración borbónica y la pérdida de nuestras últimas colonias en 1898. En este adverso contexto es en el que se va a desarrollar la ciencia decimonónica española.

La idea baconiana del conocimiento de la naturaleza para dominarla y conseguir mayores beneficios para el país continúa vigente en el siglo XIX y está detrás de la reunión de establecimientos dedicados a la historia natural, decretada por Fernando VII. Así, con fines docentes, «el Gabinete de Historia Natural, el Jardín Botánico, el Museo, el Laboratorio Químico y el Estudio de Mineralogía quedan reunidos, y formarán un establecimiento solo para la enseñanza de las Ciencias Naturales en la corte, que se llamará *Real Museo de Ciencias Naturales*» (Real Orden de 1 de octubre de 1815, art. 1). Este Real Museo va a contar con cinco profesores



Restos óseos de macrofauna pleistocena en el MAN. Foto: Doctor Sombra. Museo Arqueológico Nacional (RP-2013-10-18).

(art. 5), cada uno de ellos con un asociado para ayudarles y poder sustituirles en caso de ausencia (art. 6):

- Uno de «Zoología» y de una parte de «Ictiología», encargado de enseñar cuadrúpedos, aves y peces.
- Uno de otra parte de «Ictiología» y «Entomología», encargado de la enseñanza de reptiles, insectos y conchas.
- Uno de «Mineralogía», en sus partes de «Orictognosia» y «Geognosia».
- Uno para «Química».
- Uno para «Botánica General».

Dada la situación del momento, se crean dos cátedras para la explicación de materias del reino animal, que se unirían a las de «Mineralogía», «Química» y «Botánica» para la enseñanza de la historia natural, mientras que se deja para tiempos mejores la docencia en «Anatomía comparada» y la creación de cátedras de «Geognosia y Geología» y de «Tecnología», entendida como la aplicación de la química a las artes y manufacturas, para mejora de la industria y del comercio (art. 15).

Isabel II creó la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales mediante Real Decreto de 23 de febrero de 1847⁴, a propuesta de Mariano Roca de Togores, ministro de Comercio, Instrucción y Obras Públicas. En la exposición de motivos, el ministro lamenta todas las ocasiones fallidas a lo largo de nuestra historia para crear una academia cuyo objeto de estudio proporciona una gran prosperidad a las naciones y hace mención especial del lastimoso estado en el que se encuentra la Academia Matritense de Ciencias Naturales, que había sido creada por Real Decreto de 7 de febrero

de 1834, pero que no había sido dotada con los recursos necesarios para cumplir con su misión. De hecho, esta Academia Matritense va a quedar suprimida con esta norma. Y ese lamento era el eco del manifestado por otras personas interesadas en el progreso y estudio de estas ciencias⁵.

También se hace una referencia a que las universidades pronto estarán dotadas de los medios para su enseñanza, como efectivamente así fue. En 1857, Claudio Moyano Samaniego, ministro de Fomento, somete a la aprobación real la remodelación de los estudios vinculados con las ciencias naturales, proponiendo una carrera en seis años, de los que los tres últimos tendrían un carácter más práctico por realizarse con las colecciones del Museo de Ciencias Naturales. El número de cátedras en la Universidad Central había aumentado con respecto a las existentes en 1815, pues había de «Zoología»; de «Botánica» y «Mineralogía», con conocimientos en Geología; de «Organografía y Fisiología Vegetal»; de «Fitografía y Geografía Botánica»; de «Ampliación de la Mineralogía»; de «Zoografía de los Vertebrados»; de «Zoografía de los Invertebrados»; y de «Geología y Paleontología». Además de la cantidad, es importante el mayor grado de especialización que denota la existencia de estas cátedras. Esta reforma fue aprobada por Isabel II mediante Real Decreto de 7 de enero de 1857⁶, y no se romperá ya en todo el siglo XIX el vínculo existente entre el Museo de Ciencias Naturales y la Facultad de Ciencias de la Universidad Central.

En un intento por revivir tiempos mejores, tenemos que citar una última expedición científica española a América. La

⁴ *Gaceta de Madrid*, 28 de febrero.

⁵ Por ejemplo, ver la memoria leída en la Sección de Ciencias Antropológicas de la Real Academia de Ciencias Naturales por uno de sus socios de número, el doctor Seoane (1842).

⁶ *Gaceta de Madrid*, 9 de enero.

denominada Expedición al Pacífico fue fruto de un proyecto político, económico y militar para estrechar lazos con las antiguas colonias americanas, frenar el incipiente expansionismo estadounidense y asegurar las comunicaciones entre Cuba y Filipinas, territorios españoles hasta 1898. A sólo dos meses de la partida, se decidió que un grupo de científicos se incorporase a este proyecto, lo que justificaría el viaje como una empresa pacífica. En agosto de 1862, embarcan en Cádiz los miembros de esta Comisión Científica, que estaba formada por cinco naturalistas (Patricio Paz y Membiola, Fernando Amor, Francisco Martínez Sáez, Juan Isern y Marcos Jiménez de la Espada), un taxidermista (Bartolomé Puig), un antropólogo (Manuel Almagro y Vega), que será el encargado de redactar la memoria final (Almagro, 1866), y un dibujante-fotógrafo (Rafael Castro).

La escalada bélica en la zona determinó el final de la actividad científica. Sin embargo, Martínez Sáez, Jiménez de la Espada, Almagro e Isern solicitaron permiso para iniciar otro proyecto, que recibió el nombre de El Gran Viaje. Concedido este permiso, los cuatro expedicionarios parten de Guayaquil (Ecuador) en octubre de 1864 para cruzar América del Sur hasta la desembocadura del río Amazonas, recogiendo piezas e información de gran valor científico a su paso. En diciembre de 1865, al poco de regresar a Madrid, Isern fallece a consecuencia de una enfermedad contraída durante el viaje. Las piezas recolectadas por esta Comisión fueron objeto de una exposición, celebrada en el Real Jardín Botánico e inaugurada el 15 de mayo de 1866⁷. Esta exposición constaba fundamentalmente de minerales y especímenes de fauna y flora (Almagro, 1866: 157-174), exhibiéndose



Naturalistas y antropólogo de la Comisión Científica del Pacífico. Foto: Miguel Ángel Otero, del original de la Comisión Científica del Pacífico, 1862-1865. Museo Nacional de Antropología.

también en una de sus trece secciones, la denominada de Antropología y Etnografía, 38 momias, 40 cráneos, una cabeza embalsamada y distintos objetos etnográficos.

La historia natural había quedado limitada al estudio de minerales, animales y plantas, pero el proceso de especialización

⁷ Ver ALMAGRO, 1866; PUIG-SAMPER, 1988; y SÁNCHEZ Y VERDE, 2003.

científica, las nuevas tecnologías y la interacción entre distintas disciplinas habían permitido alcanzar unos niveles de conocimiento muy elevados a fines del siglo XIX, por lo que, lejos de empobrecerse al dejar otros objetos de estudio, podemos afirmar que durante los siglos XVIII y XIX pasamos del concepto historia natural al de ciencias naturales. La metodología científica empleada y los conocimientos adquiridos prepararon a estas sociedades avanzadas para entender mejor los procesos naturales, pero no ya sólo de su entorno, sino de todo el mundo, algo fundamental en un momento de máxima expansión colonial. Y esos conocimientos llevaron a la necesidad de preservar determinados espacios y defenderlos de la industrialización y los nuevos modos de vida, creando reservas en las que la naturaleza podía seguir su curso sin verse tan afectada por la acción del ser humano. Surge así el parque nacional de Yellowstone (1872) o, ya en nuestro país, los de la Montaña de Covadonga y de Ordesa (1918).

Siendo los seres vivos objeto de investigación científica, ¿qué ocurría con el ser humano? La medicina ilustrada no iba a ser ajena a esta revolución científica, pues hubo una corriente de médicos que, a partir de la tradición de las observaciones hipocráticas, llegaron a la observación clínica asociada a disciplinas fundamentales, especialmente la fisiología experimental y la anatomía. Volviendo a la síntesis realizada por López Piñero (1988), se renuevan los saberes quirúrgicos y se implanta una técnica operatoria, al igual que sucedía en el resto de Europa. El máximo exponente de esta reforma será Pedro Virgili, fundador del Colegio de Cirugía de Cádiz en 1748. A éste le siguieron los de Barcelona (1764) y Madrid (1787), en los que se cultivaron ciencias básicas, especialmente anatomía humana. En este ambiente se forman Leonardo Galli, uno de los adelantados en la investigación

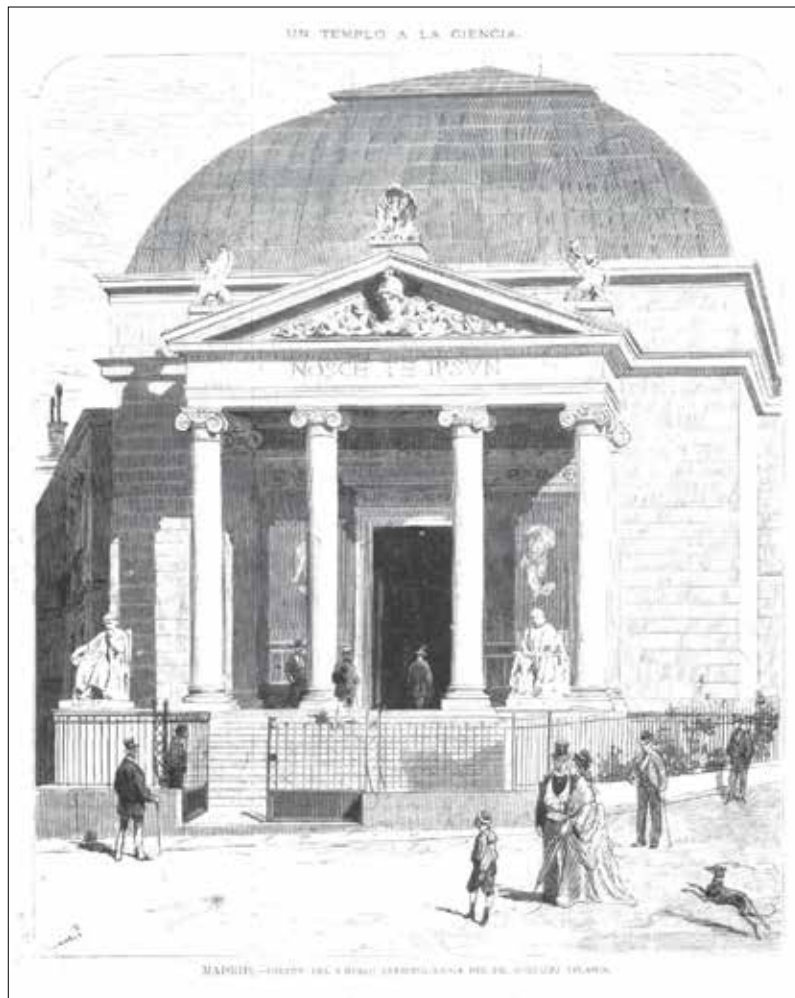
experimental en cirugía, y Antonio de Gimbernat, cuyo *Nuevo método de operar la hernia crural* (1793) incluye la primera descripción del ligamento que lleva hoy su nombre en todo el mundo.

También destacan tres centros que imparten sus enseñanzas junto a la cama del enfermo: la Cátedra de Medicina Práctica de la Universidad de Valencia (1787), el Estudio de Medicina Práctica de Madrid (1795) y el Estudio de Medicina Clínica de Barcelona (1797).

Y médicos serán los primeros antropólogos, disciplina de nueva creación que tenía al ser humano como objeto de estudio, pero no de manera individual, como la medicina, sino grupal. Entendemos hoy la antropología como la ciencia que trata de los aspectos biológicos y sociales del hombre (DRAE, 2001), teniendo así dos grandes ramas: la antropología física o biológica y la antropología social o cultural. En el siglo XIX, el concepto antropología va a estar más ligado a los aspectos biológicos del ser humano que a los sociales y culturales. De ahí que sean médicos en su gran mayoría quienes estudian esta disciplina y que esta tendencia se haya denominado naturalista, con antropólogos franceses como máximas figuras. Entre ellos, van a destacar Paul Broca (1824-1880), Paul Topinard (1830-1911), que estudió con Broca, y Jean Louis de Quatrefages (1810-1892).

Lisón (1971: 97) afirma «que la palabra Antropología, significando el estudio del hombre, comienza a emplearse sistemáticamente en España a partir de 1833» con la publicación de una obra de Vicente Adam, en la que se incluyen una serie de elementos sociales para hacer más completo el estudio del ser humano, como las costumbres, las artes o el lenguaje (Adam,

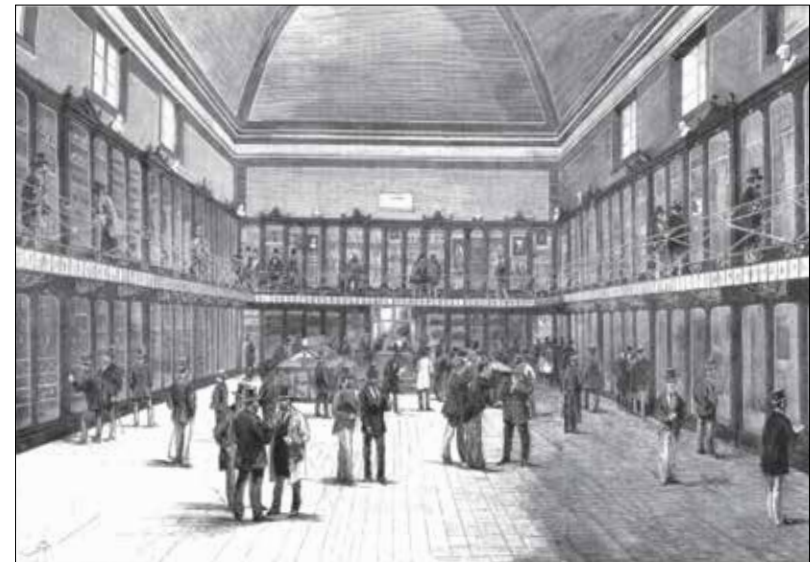
1833: 22). Estos elementos volverán a aparecer en la definición del concepto cultura de Edward Burnett Tylor (*Primitive Culture*, 1871), aceptada en todo el mundo desde entonces. Y es que la definición de antropología debía incluir tanto la



Exterior y salón principal del Museo Antropológico. *La Ilustración Española y Americana*, 8 de mayo de 1875 (Hemeroteca Digital, Biblioteca Nacional de España).

parte física como la social, pese a que se diera más importancia a la primera sobre la segunda en aquellos años. Aranzadi y Hoyos (1893: 8-9) resumen perfectamente la situación:

«El hombre, estudiado como especie, es el objeto de la Antropología, que se podrá definir con Broca diciendo que es la historia natural del género humano; con Quatrefages, la historia natural del hombre; y si queremos precisar más, diremos con Topinard que la Antropología es la rama de la historia natural que trata del hombre y de las razas humanas. Los límites de esta ciencia quedan de una parte señalados por la separación hecha ya en cuanto al estudio del hombre como individuo, quedando, por tanto, descartada ya de la Antropología la Anatomía topográfica, Fisiología, Psicología y Psicofísica, así como las ciencias prácticas íntimamente ligadas con ellas, como, por ejemplo, la Medicina, pues encuentran su objeto y su fin en el individuo humano, que para el antropólogo no tiene importancia más que en cuanto forma parte de un grupo, llámese raza o llámese especie; pero, aun dentro del estudio del hombre como especie, se encierran en realidad un gran número de ciencias con vida propia e independiente cada una de ellas, como son la Sociología, la Historia,



el Derecho, la Lingüística, la Arqueología [...] todas estas ciencias que hemos ido descartando de la Antropología serán, *ipso facto*, sus auxiliares y muchas de ellas se podrán considerar como derivadas [...] Todas las ciencias que de una manera u otra estudian al hombre, pueden llamarse ciencias antropológicas».

El gran introductor y promotor de la antropología en España fue Pedro González de Velasco (1815-1882), colaborador de Broca y cuya figura ha sido ya tratada por muchos otros autores, si bien es muy interesante el artículo de Sánchez Gómez (2014) por hacer una revisión crítica de este asunto y poner la figura del doctor Velasco donde le corresponde, tanto para bien como para mal. A su impulso y energía debemos la creación de la primera sociedad dedicada al estudio de la antropología en España en 1865, la Sociedad Antropológica Española, estudiada por Ana Verde (1980). Sin embargo, su gran obra fue el Museo Antropológico, abierto al público en 1875 y costado íntegramente por él, ya que tanto el edificio como las colecciones eran de su propiedad.

La mayoría de sus colecciones van a estar vinculadas con la antropología física, pero también encontramos objetos realizados por distintos grupos procedentes de los cinco continentes. Lo mismo ocurría con el Museo de Ciencias Naturales desde la misma creación del Real Gabinete de Historia Natural, cuyos objetos no naturales llegaron formando parte de la colección de Pedro Franco Dávila y se incrementaron con los recolectados en el transcurso de distintos viajes y expediciones científicas. Pese a que el reglamento de este Museo, aprobado por Real Decreto de 8 de abril de 1857⁸, lo organizaba en tres gabinetes (zoológico, botánico y

mineralógico), y que en ninguno de ellos tenían cabida este tipo de objetos (arts. 80 y 81), su director, Mariano de Paz Graells, dirigió un escrito al director general de Instrucción Pública⁹, en el que le exponía que este tipo de colecciones «exigen imperiosamente su ordenación cronológico-científica para que su existencia en nuestras galerías pueda ser útil a los que se dedican al estudio de las costumbres y culturas de las razas humanas, cuya historia completa es de tanto interés en los estudios antropológicos» (Cabello, 2005: 69-70).

Gracias a esta iniciativa conservamos ahora una relación de lo que existía, que fue elaborada por Florencio Janer (1860). Objetos etnográficos encontramos también en las colecciones de la Sociedad Antropológica Española, pues en su reglamento se prohibía la venta de colecciones pertenecientes a ella, entre las que encontramos «objetos naturales de arte o industria» (Verde, 1980: 24).

El papel desempeñado por las expediciones científicas fue sustituido desde mediados del siglo XIX por lo que ahora denominaríamos exposiciones temporales. Tenían la misma finalidad de prestigiar a sus organizadores y a quienes participaran en ellas, teniendo también una vertiente educativa, lúdica y comercial. Estas exposiciones podían ser locales, regionales, nacionales o internacionales, en cuyo caso iban a denominarse universales para los franceses, internacionales para los ingleses y ferias mundiales para los estadounidenses. Fue un fenómeno iniciado en Europa, con la «Great Exhibition of the Works of Industry of all Nations», celebrada en Londres en 1851, que se extendió por todo el mundo.

⁸ *Gaceta de Madrid*, 16 de abril.

⁹ Oficio de 20 de abril de 1858.

La vinculación de la etnografía con estas exposiciones ha sido objeto de estudio por parte de otros autores (Romero de Tejada, 1995; o Sánchez Gómez, 2013), por lo que me centraré en el propósito de este artículo, que es el de dar una idea de qué se entendía por etnografía a fines del siglo XIX.

Las exposiciones decimonónicas eran el escaparate perfecto para dar a conocer el progreso tecnológico alcanzado o mostrar una diversidad de productos, de cara a facilitar su comercialización. Sin embargo, ese mismo progreso estaba acabando con formas de vida tradicionales en unas sociedades que abandonaban su fase preindustrial a gran velocidad. Esta idea hay que vincularla con el movimiento romántico, que defendía una huida temporal y espacial de la realidad del momento. La escapada en el tiempo llevará a idealizar la época medieval, en la que se forjan los grandes valores nacionales, que pervivían en las tradiciones populares; mientras que la huida en el espacio se hará hacia lugares geográficos no afectados por la industrialización. Precisamente por ello, nuestro país va a recibir un gran número de viajeros en este siglo, pues a nuestra escasa industrialización se añadía el exotismo de nuestro pasado andalusí, poniendo de moda lo español en toda Europa¹⁰, tanto para bien como para mal¹¹. Y la vuelta a esos valores populares tradicionales va a ser especialmente importante para Alemania o Italia, que concluyen sus procesos de unificación en la segunda mitad de esta centuria.

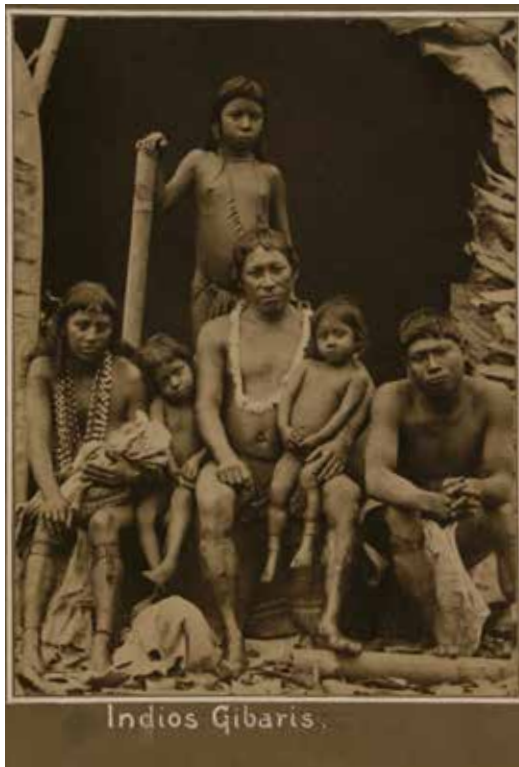
Ya la exposición de Londres de 1851 contenía algunas maquetas de carácter etnográfico, representando escenas de la

vida comunitaria nacional, mientras que en la de París de 1867 tendrán una gran acogida los edificios característicos de su arquitectura tradicional y los trajes populares de distintas comarcas. La exposición de París de 1878 mostraba objetos típicos de cada país en aposentos tradicionales, tratando así de situar esos objetos en su contexto original. Esta vertiente etnográfica popular quedará vinculada con los estudios de folklore, que se centran en el conocimiento de las tradiciones y costumbres preindustriales de las sociedades avanzadas. Su materialización como museos estables llegará con el Skansen Museum de Estocolmo (1891), primer museo del mundo al aire libre, o el Norsk Folkemuseum de Oslo, creado en 1894 por Hans Aall.

Otra vertiente de la etnografía será la que estudie las producciones y costumbres de los nativos de los territorios colonizados. Vimos ya la existencia de la Sección de Antropología y Etnografía en la exposición celebrada en el Real Jardín Botánico en 1866 con los fondos recolectados por la Comisión Científica del Pacífico (Almagro, 1866: 173-174). Sin embargo, su éxito comenzó en la celebrada en Viena en 1873, en la que se exhibieron objetos procedentes de Asia, que habían sido recolectados por una expedición austriaca pocos años antes. Una favorable acogida tuvieron también productos filipinos presentes en la exposición celebrada en Filadelfia en 1876, que hizo pensar al Gobierno español en la conveniencia de promocionar estos productos. Según Ana Verde (1994) es en esta exposición cuando se pasa de la exhibición «científica» a la explotación comercial de lo exótico.

¹⁰ Para más información al respecto, ver IMAGEN, 1981.

¹¹ Es indudable la enorme influencia que tuvo la obra de diversos maestros españoles, como Velázquez o Goya, en los grandes renovadores del panorama artístico europeo del momento; pero también lo es que en este momento se crean los grandes tópicos sobre nuestro país (la ópera *Carmen*, de Bizet, recoge buena parte de ellos), de los que nos cuesta desprendernos y ofrecer una imagen más acorde con nuestra realidad actual.



Nativos americanos. Foto: Miguel Ángel Otero, del original de la Comisión Científica del Pacífico, 1862-1865. Museo Nacional de Antropología.

El siguiente paso fue la exhibición de los nativos mismos, no sólo de sus productos, con el fin de educar y entretener a los ciudadanos de las metrópolis, ya que esta exhibición se hacía sin signos de aculturación, si bien en ocasiones se mostraba junto a ellos el trabajo de aldeanos europeos, ejemplificando así la beneficiosa acción cultural de Occidente e ilustrando pedagógicamente el progreso de la cultura humana. Como recoge Romero de Tejada (1995), una de las primeras instalaciones de este tipo fue la realizada por la Sociedad Misionera Protestante de Holanda en la «Exposición Colonial Internacional» de Ámsterdam (1883), en la

que se reprodujo un poblado indonesio, con demostraciones de música, técnicas agrícolas, artesanía textil y gastronomía a cargo de los nativos.

La presencia de individuos de estos grupos étnicos era aprovechada para su estudio por parte de sociedades científicas, laboratorios y museos anatómicos, que determinaban sus características raciales, los clasificaban de acuerdo con sus taxonomías y establecían en qué grado de evolución estaba cada uno. También se aprovechaba para sacar moldes de escayola de sus cuerpos (enteros o de sus distintas partes) y

realizar observaciones lingüísticas y etnomusicológicas. No obstante, también hubo voces críticas hacia estas prácticas, pues los «civilizados» ciudadanos de las potencias coloniales se mofaban de la apariencia y de las costumbres de estos grupos, más que aprender de ellas.

La parte etnográfica de las exposiciones siguió creciendo debido a su aceptación y en la de París de 1889 hubo construcciones de todo el mundo, modelo que siguió la de Chicago de 1893. Este éxito explica la existencia de otro tipo de exposiciones: aquellas en las que sólo se exhibían estos nativos, que aparecían realizando actividades rituales y de su vida cotidiana, estando acompañados por ejemplares de la fauna y flora de sus territorios, pues se les presenta como un elemento más de la naturaleza, incidiendo así de nuevo en su primitivismo. En España hubo tres exposiciones de este tipo, en las que se mostraron filipinos (1887), ashanti (1897) e inuit (1900), pero fueron relativamente frecuentes en toda Europa: cafres, bosquimanos y lapones en Londres; nativos de la Guayana francesa en París; inuit, lapones y bella colas por Alemania; o el famoso espectáculo de Buffalo Bill, que hizo una gira por Europa, siendo Barcelona la única ciudad española donde se representó.

La escasa importancia que se había dado en España a las costumbres y tradiciones de los grupos étnicos que habitaban nuestras colonias hizo que el estudio de pueblos extraeuropeos no tuviera un gran desarrollo en nuestro país, más aún cuando se pierde Filipinas a finales de siglo. La antropología seguía teniendo un marcado interés en los aspectos biológicos del ser humano, aunque ya esta preponderancia sobre las cuestiones culturales había disminuido notablemente con respecto a las ideas imperantes en la primera mitad de esta centuria. Un

ejemplo de ello puede ser la negativa del Consejo de Instrucción Pública a modificar el nombre de la Sociedad Antropológica Española en 1880, impidiendo que se transformase en Sociedad Antropológica y Etnográfica Española por considerar redundante la adición del término «Etnográfica» (Verde, 1980: 32). Sin embargo, sólo tres años después se aprobó la creación de la Sección de Antropología, Etnografía y Prehistoria en el seno del Museo de Ciencias Naturales, título que equiparaba la importancia de ambas ramas.

En cambio, sí van a tener un gran desarrollo los estudios de folklore, iniciados por Antonio Machado y Álvarez (*Bases de organización del folklore español*, 1881), inspirado en la Folklore Society de Londres (1878). Su trabajo va a tener notables continuadores, como Alejandro Guichot y Sierra (1859-1941), a quien debemos una primera crónica de este importante movimiento impulsado por la Institución Libre de Enseñanza. Dentro de esta tendencia folklorista tenemos que situar también la recuperación de las tradiciones populares de aquellas regiones españolas con singularidad idiomática (Cataluña, País Vasco y Galicia), muy influidas por el romanticismo nacionalista alemán y en las que se ensalzan los valores rurales sobre los urbanos, algo a lo que se opondrá la burguesía y que se reflejará en el Modernismo. Como contrapunto a estas tendencias regionalistas, habrá también un folklore que busque la identidad de España a través de las tradiciones literarias populares, recuperando romanceros y cancioneros.

En todo caso, la materialización práctica de esta recuperación de costumbres y tradiciones populares españolas no se verá hasta bien entrado el siglo xx, pese a las voces que clamaban a favor de ello, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras.



Interior del Palacio de Cristal de Madrid durante la «Exposición General de las Islas Filipinas». Foto: Jean Laurent. Museo Nacional de Antropología.



Exterior del Palacio de Cristal de Madrid durante la «Exposición General de las Islas Filipinas». Foto: Jean Laurent. Museo Nacional de Antropología.

Habrá que esperar para ello a la creación del Museo del Traje Regional e Histórico, mediante Real Orden de 23 de marzo de 1927¹², con parte de las prendas y objetos antiguos que participaron en la «Exposición del Traje Regional», celebrada en Madrid entre los meses de abril y junio de 1925.

Por último, es interesante destacar los paralelos existentes en el siglo XIX entre la etnografía, especialmente en la vertiente de estudio de pueblos extra-europeos, y los estudios prehist ricos¹³, unidas ambas por el concepto de lo primitivo en oposición a lo avanzado de las sociedades industriales. La idea de que nuestros antepasados más remotos eran agricultores y ganaderos prerromanos, que evolucionaron gracias a la llegada de griegos, fenicios y, especialmente, romanos, era la más extendida hasta el siglo XIX. Antes de esa centuria nos encontramos con referencias arqueológicas, como la cita cervantina a la resistencia numantina, o las excavaciones que se llevaron a cabo en Pompeya y Herculano siendo rey de Nápoles nuestro futuro Carlos III.

Sin embargo, el desarrollo de distintas disciplinas va a cambiar radicalmente esta creencia, sentando las bases científicas para el estudio de nuestra evolución y de nuestra historia. Así, a comienzos del siglo XIX, Christian Thomsen va a clasificar objetos del Museo Nacional de Antigüedades de Dinamarca en función de los materiales con que se hicieron, dando idea del progreso tecnológico alcanzado y creando así el denominado Sistema de las Tres Edades: piedra, bronce y hierro. Boucher de Perthes encontr  objetos l ticos trabajados por el hombre en el valle del Somme en la década

de 1830 (*Antiquités celtiques et ant diluviennes: mémoire sur l'industrie primitive et les arts a leur origine*, 1849), hallazgo que será reconocido científicamente en la década de 1850. Y John Lubbock (*Pre-historic times, as illustrated by ancient remains, and the manners and customs of modern savages*, 1865) dividirá la Edad de Piedra de Thomsen en dos etapas: Paleolítico y Neolítico. A estas obras hay que añadir la de Charles Darwin (*The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex*, 1871), base para la identificación de distintas especies en el proceso evolutivo del ser humano.

Si Boucher de Perthes está considerado como el padre de la prehistoria, Casiano de Prado, también geólogo de profesión, lo es de la prehistoria española por relacionar fauna pleistocena del yacimiento de San Isidro (Madrid) con instrumentos l ticos all  encontrados y similares a los descubiertos por Boucher de Perthes (*Descripción física y geológica de la provincia de Madrid*, 1864). Y en 1879, animado por los objetos prehistóricos que había visto en la «Exposición Universal» de París de 1878, Marcelino Sanz de Sautuola volvió a inspeccionar la cueva de Altamira, descubierta por azar una década antes, cuando su hija llamó su atención sobre las pinturas del techo mientras él buscaba objetos en el suelo. Pronto relacion  esas pinturas con piezas de arte mueble de la exposición parisina, recogiendo sus resultados en una publicación (*Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander*, 1880), cuya validez tard  en aceptarse por ir en contra de la corriente evolucionista, que negaba a nuestros ancestros prehistóricos la capacidad para realizar una obra de esa categoría.

12 *Gaceta de Madrid*, 6 de abril.

13 Ver, por ejemplo, ORTIZ, 2001.

Todos estos hallazgos evidenciaban una mayor antigüedad para el género humano, lo que propició el desarrollo de los estudios prehistóricos y de la arqueología como método científico para recuperar restos fósiles y objetos fabricados por el ser humano. Y, al mismo tiempo, empezaron a vincular esos estudios prehistóricos con nuestra propia evolución histórica, alejándolos de la órbita etnográfica y de ese concepto un tanto despectivo de lo primitivo como sinónimo de lo no evolucionado. De hecho, el MAN incorporó pronto esos primeros objetos realizados por el hombre a su discurso histórico, yendo acompañados por colecciones geológicas y paleontológicas «que puedan servir para ilustrar estos estudios y esclarecer todo lo referente al prehistorismo» (Noticia, 1876: 26).

Por otro lado, los artistas finiseculares van a empezar a asociar lo primitivo con lo puro, lo natural y lo esencial, ensalzándolo por su oposición al modo de vida de las sociedades industrializadas. Las producciones artesanales se revalorizan con respecto a las industriales gracias a las ideas de, entre otros, John Ruskin, cuya influencia es patente en el movimiento *Arts and Crafts*, fundado por William Morris. En el terreno artístico, tenemos como ejemplos de ello las pinturas de asunto tahitiano de Paul Gauguin o el arte *naïf* de Henri Rousseau, el «Aduanero». El interés por la captación de lo esencial llevará a tomar la estampa japonesa o la escultura africana como fuentes de inspiración, siendo su influjo perfectamente rastreable en la producción artística europea de aquellos años y estando en la base de las vanguardias históricas. Y esa idea ha llegado hasta nuestros días, en los que los conceptos «étnico» o «exótico» conectan nuestra mente con paraísos naturales o con productos artesanales alejados del estilo de vida «occidental», «desarrollado» o «civilizado», en el que nos desenvolvemos la mayor parte de nuestro tiempo.

Bibliografía

- ADAM, V. (1833): *Lecciones de Antropología ético-político-religiosa; o sea, sobre el hombre considerado como ser sociable, religioso y moral*. Madrid: Imprenta Real. Disponible en: <<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000078193&page=1>>. [Consulta: 16 de marzo de 2017].
- ALMAGRO Y VEGA, M. (1866): *Breve descripción de los viajes hechos en América por la Comisión Científica enviada por el gobierno de S.M.C. durante los años de 1862 a 1866, acompañada de dos mapas y de la enumeración de las colecciones que forman la exposición pública*. Madrid: Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra. Disponible en: <<http://bvpb.mcu.es/es/consulta/registro.cmd?id=398260>>. [Consulta: 16 de marzo de 2017].
- ARANZADI UNAMUNO, T., y HOYOS SÁINZ, L. (1893): *Lecciones de Antropología ajustadas al programa y explicaciones del Profesor de la asignatura don Manuel Antón*. Madrid: Imprenta y Litografía de los Huérfanos. Disponible en: <http://bvpb.mcu.es/es/consulta/registro.cmd?id=412135>>. [Consulta: 16 de marzo de 2017].
- CALATAYUD ARINERO, M. Á. (1988): *Pedro Franco Dávila: primer director del Real Gabinete de Historia Natural fundado por Carlos III*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Museo Nacional de Ciencias Naturales.
- CABELLO CARRO, P. (2005): «Florencio Janer, un americanista y conservador de museos del siglo XIX», *Los americanistas del siglo XIX. La construcción de una comunidad científica internacional*. Edición de Leoncio López-Ocón, Jean Pierre Chaumeil y Ana Verde Casanova. Madrid: Iberoamericana: Vervuert, pp. 65-92.
- DRAE (2001): *Diccionario de la Lengua*. Madrid: Real Academia Española.
- Imagen romántica de España* (1981): Madrid: Ministerio de Cultura.
- JANER Y GRAELLS, F. (1860): *Historia, descripción y catálogo general de las colecciones histórico-etnográficas, curiosidades diversas y antigüedades conservadas en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid*. Madrid: Manuscrito conservado en el Museo de América.
- LISÓN TOLOSANA, C. (1971): *Antropología social en España*. Madrid: Siglo XXI.
- LÓPEZ PIÑEIRO, J. M. (1988): «Impulso y desarrollo de la actividad científica», *Carlos III y la Ilustración*. Madrid: Ministerio de Cultura, tomo I, pp. 265-278.
- MORÁN TURINA, J. M., y CHECA CREMADES, F. (1985): *El coleccionismo en España: de la cámara de maravillas a la galería de pinturas*. Madrid: Cátedra.
- Noticia histórico-descriptiva del Museo Arqueológico Nacional* (1876): Madrid: Imprenta de T. Fortanet. Disponible en: <<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000075999&page=1>>. [Consulta: 16 de marzo de 2017].
- ORTIZ GARCÍA, C. (2001): «De los cráneos a las piedras: arqueología y antropología en España, 1874-1977», *Complutum*, 12, pp. 273-292. Disponible en: <<https://revistas.ucm.es/index.php/CMPL/article/view/CMPL0101110273A/29715>>. [Consulta: 16 de marzo de 2017].
- PESET, J. L. (1988): «Ciencia y técnica: las expediciones científicas», *Carlos III y la Ilustración*. Madrid: Ministerio de Cultura, tomo I, pp. 285-294.
- PUIG-SAMPER, M. Á. (1988): *Crónica de una expedición romántica al Nuevo Mundo: la Comisión Científica del Pacífico (1862-1866)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

- PUIG-SAMPER, M. Á., y GALERA, A. (1983): *Introducción a la historia de la antropología española en el siglo XIX*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Arnau de Vilanova.
- RODRIGO DEL BLANCO, J. (2013): «Antropología americana y museos estatales españoles: pasado, presente y ¿futuro?», *Revista Española de Antropología Americana*, 2013, vol. 43, n.º 1, pp. 175-195. Disponible en: <<https://revistas.ucm.es/index.php/REAA/article/view/42309/40269>>. [Consulta: 16 de marzo de 2017].
- ROMERO DE TEJADA, P. (1995): «Exposiciones y museos etnográficos en la España del siglo XIX», *Anales del Museo Nacional de Antropología*, II, 1995, pp. 11-47. Disponible en: <<https://sede.educacion.gob.es/publiventa/detalle.action?cod=6783C>>. [Consulta: 16 de marzo de 2017].
- SÁNCHEZ GARRIDO, A., y VERDE CASANOVA, A. (com.) (2003): *Historia de un olvido. La expedición científica del Pacífico, 1862-1865*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, L. Á. (2013): «La reencarnación de lo efímero o cuando las exposiciones parían museos», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, vol. LXVIII, n.º 1, enero-junio 2013, pp. 145-166. Disponible en: <<http://rdtp.revistas.csic.es/index.php/rdtp/article/view/293/295>>. [Consulta: 16 de marzo de 2017].
- (2014): «El Museo Antropológico del doctor Velasco (anatomía de una obsesión)», *Anales del Museo Nacional de Antropología*, XVI, 2014, pp. 265-297. Disponible en: <<https://sede.educacion.gob.es/publiventa/detalle.action?cod=20086C>>. [Consulta: 16 de marzo de 2017].
- SEOANE, M. (1842): *Memoria sobre el estado actual de las Ciencias Exactas, Físicas, Naturales y Médicas en España*. Madrid: Imprenta Médica. Disponible en: <<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000090022&page=1>>. [Consulta: 16 de marzo de 2017].
- VERDE CASANOVA, A. (1980): «La primera sociedad antropológica de España», *Actas del I Congreso Español de Antropología*, 1977, vol. II, pp. 17-38.
- (1994): «Una página en la historia de los Inuit de Labrador: <Esquimales del polo al Retiro>», *Revista Española de Antropología Americana*, n.º 24, pp. 209-229. Disponible en: <<https://revistas.ucm.es/index.php/REAA/article/view/REAA9494110209A/24320>>. [Consulta: 16 de marzo de 2017].
- WEB MNHN (2017): «Présentation», *Muséum National d'Histoire Naturelle* [sitio web]. Disponible en: <<http://www.mnhn.fr/fr/presentation>>. [Consulta: 16 de marzo de 2017].
- WEB RJB (2017): «Dos siglos de historia», *Real Jardín Botánico* [sitio web]. Disponible en: <<http://www.rjb.csic.es/jardinbotanico/jardin/index.php?Cab=10&len=es&Pag=82>>. [Consulta: 16 de marzo de 2017].